

Alexander Pushkin
Diario secreto 1836-1837



Dedicado a mi esposa



Mi destino empieza a realizarse: desafié a duelo a D'Anthès.¹ ¿Acaso no es la muerte violenta a manos de un hombre rubio que me predijo una alemana?² Ya siento el poder del destino, que se está convirtiendo en realidad, sin tener la posibilidad de evitar esta amenaza, pues el deshonor es peor que la muerte.

El deshonor es una tormenta que crece del viento generado por mí. Me está destruyendo.

1. D'Anthès, G. S. (1812-1895), adversario de Pushkin, al que hirió fatalmente en el duelo del 27 de enero de 1837. D'Anthès dejó Francia y llegó a Rusia en 1833, convirtiéndose en oficial de una de las prestigiosas divisiones del ejército ruso. Se casó con Ekaterina, la cuñada de Pushkin, el 10 de enero de 1837.

2. A. F. Kirhgoff, famosa adivina de origen alemán. Le hizo cuatro predicciones a Pushkin. Todas resultaron ciertas. La última señalaba que podría tener una larga vida a menos que sufriera una desgracia a los 37 años a manos de un hombre alto y rubio.

D'Anthès asume la forma de esas represalias del destino que están provocadas por mi débil carácter. Al desafiar a D'Anthès, me parezco a Jacob, que luchaba contra Dios. Si triunfo, impugnaré las leyes de Dios, y la verdad reinará en los cielos para siempre.

Mis contemporáneos no deben saber tanto de mí como les estoy permitiendo a las generaciones futuras. Tengo que cuidar el honor de N. y de mis hijos. Mas no puedo detenerme y debo confesar mi alma en el papel. Es esta enfermedad incurable de escribir. Enfermedad mortal, pues mis contemporáneos me matarían por esta franqueza de mi alma y por las revelaciones que hago, si llegan a conocer este diario. Pero las futuras generaciones ya nada podrán hacer conmigo, ni con mis biznietos, ni tataranietos, pues la distancia en el tiempo hace que las acciones más reprochables se conviertan solamente en historia. A diferencia del presente, la historia no es ni peligrosa, ni ofensiva, sino amena y didáctica.

No quiero llevarme a la tumba mis pecados, mis errores, mis dudas y mis tormentos. Son demasiado grandes para dejar de ser la base de mi monumento.

Dentro de unos doscientos años, cuando seguramente quede abolida la censura en Rusia, al que primero le van a publicar su obra es a mi compatrio-

ta Barkov,³ y solamente después este diario, aunque me es imposible imaginar una Rusia sin censura. Por eso mi diario va a ser publicado antes que nada en Europa, o más probablemente en América. Es sombrío pensar que en ese tiempo ya no sólo no estaré vivo, sino hasta mis huesos estarán totalmente putrefactos...

Miro mi mano que escribe estas líneas y trato de imaginarla muerta, como parte de mi esqueleto, enterrado bajo tierra. Y aunque sé que mi destino es inexorable, me falta capacidad para imaginarlo. La certeza de la muerte es la única verdad inapelable y, pese a ello, lo más difícil de aprehender intelectualmente, mientras que cualquier mentira la aceptamos, la reconocemos fácilmente y sin siquiera pensar.



La muerte de Delvigue⁴ fue un signo trágico, estremecedor e inequívoco símbolo de que la última parte de la predicción de la adivinadora alemana había empezado a realizarse. En ese momento todavía no

3. Barkov, Ivan Semyonovich (1712-1768), autor de poemas eróticos nunca publicados en Rusia.

4. Delvigue, poeta ruso (1798-1831), amigo de Pushkin.

lograba entenderlo; sin embargo, ahora todo es tan evidente, tan pleno de significado. El anillo que se perdió durante nuestra ceremonia de bodas y una vela que se apagó en el momento crucial me convencieron sin lugar a dudas de que nada bueno surgiría de mi matrimonio. Al fin y al cabo somos nosotros quienes construimos nuestro propio destino.

Sin desanimarme por esas premoniciones, me consolé pensando anticipadamente en el goce de



esa primera noche nupcial con N.,⁵ de las prematuras alegrías de poseer a la mujer más bella de Rusia, y rogaba a Dios para que esa alegría se prolongara para siempre en mi vida matrimonial.

Ese gran deseo por una felicidad perfecta me conducía al matrimonio, como una cura mágica a mi libertinaje y a mi melancolía. Era un intento de escapar de mí mismo, al no ser capaz de cambiar ni tener el valor suficiente de ser de otra manera.

Nataly fue mi suerte fatal. Regateé con su madre para obtenerla, la acepté sin dote y me llené de deudas para pagar la fiesta de la boda. Una vez comprometidos y mientras esperaba la fecha del matri-

5. Nataliya Nickolayevna (1832-1863), la esposa de Pushkin.

monio, pensé que iba a cambiar radicalmente toda mi vida a partir del juramento de fidelidad eterna, promesa que quería cumplir con toda sinceridad.

Antes acostumbraba tener hasta cinco mujeres al día. Conocía perfectamente la amplia gama de vaginas, sus modos de hacer el amor y lo que diferenciaba a una mujer de otra. Ese anhelo por estar en la cama con una nueva mujer no permitía que mi pasión se aletargara, y la búsqueda constante e infatigable de mujeres era la esencia de mi vida.

Cuando vi a Nataly por primera vez, comprendí que había pasado algo inevitable. El ávido deseo por poseerla fue tan desmesurado, que no pude resistirme a desposarla. Eso ya me había ocurrido antes, pero nunca con tal fuerza. Jamás había sentido tal éxtasis de admiración hacia ninguna otra mujer que hubiera yo elegido. Una vez aceptada mi propuesta matrimonial tomé ventaja de mi condición de prometido y busqué quedarme a solas con ella el mayor tiempo posible. La abrazaba y hacía que mi mano recorriera lentamente sus senos redondos y púberes, y con mis uñas excitaba sus pezones. Nataly se ponía roja, aunque no hacía nada por retirar mi mano y sólo acertaba a musitar:

—Por favor, no. Mamá podría verlo...

Su madre es una verdadera prostituta, enojada con todos porque nadie le hace caso más que los mozos que cuidan los caballos, en Polotnyani

Zavod.⁶ Ella estaba dispuesta a acostarse conmigo, pero, como era natural, nunca le demostré el más mínimo interés. Maltrataba a Nataly y a sus hermanas, y las oprimía, peor que si estuvieran en un claustro. Yo gozaba con la idea de convertir su claustro en mi harén personal. Aunque siendo el novio oficial de Nataly, yo me reprochaba por esas fantasías tan pecaminosamente adorables; pero no podía liberarme de ellas.

Adoraba a mi monja y planeaba paso a paso el proceso de convertirla en una verdadera artista de la perversión, con toda la habilidad de que se puede ser capaz, pero mis planes nunca se realizaron y tal vez por eso la quiero todavía.

Nuestra luna de miel fue todo un aprendizaje lento y obediente, sensual y sexual. Yo estudié milimétricamente el lenguaje de su cuerpo y Nataly aprendió a responder dócilmente a mi pasión. Mi experiencia y su esmero la condujeron a menudo a ahogar los gemidos de sus orgasmos, que eran para mí como la música de una sinfonía llena de voluptuosidad.

Poseer esa belleza ideal, pura y, por añadidura, virgen, es la máxima felicidad a la que puede acceder un hombre. Su intensidad era tan fuerte, que no podía durar mucho tiempo. Cuando estaba inmerso en mi nueva esposa, abrazándola profun-

6. Estado donde residían los suegros de Pushkin.

damente, sintiendo sus movimientos cadenciosos, que no eran todavía una entrega total debido a su natural vergüenza, sentir su aliento tibio sobre mi oído me llevaba a un estado de exaltación sólo comparable, quizá, al que hubiera tenido Dios en el momento de la creación.



¡Qué alegría para mí era conducir a mi Nataly por los senderos sinuosos del placer y la pasión hasta el paroxismo del dolor exquisito del orgasmo! Cuando por primera vez la volví de espaldas, se abrieron ante mí sus nalgas redondas, firmes y nacaradas. Como sus piernas eran muy largas, tuve que levantarme más de lo normal para poder penetrarla cuando ya me esperaba con una ansiedad apenas reprimida. Le pedí que bajara su espalda para que me abriera su sexo y pudiera sentir la exquisita sensación de mi miembro dentro de ella. No me entendió, y en lugar de recostarse sobre el colchón se encorvó de espaldas. No pude más que echarme a reír a carcajadas ante esa acción tan inocentemente ingenua. Ella se descontroló. Se volvió para verme y entonces puse mi mano sobre su espalda y la empujé hacia abajo, como el maestro que, con mano suave y firme a la vez, enseña a su dócil y ávida alumna. Una vez

entendida la lección y sintiendo el rigor de mi sexo que arremetía contra el suyo, en un momento dado entendió el porqué de mi petición y de improviso también se echó a reír, sintiendo que con su risa provocaba convulsiones que aprisionaban una y otra vez mi pene, endureciéndolo con cada manifestación de su alegría. Ella también lo sintió en su sexo y pensaba que para sentir la fuerza y la rigidez de mi miembro y querer aprisionarlo tenía que reír para provocar esas convulsiones. Luego intenté en vano que apretara con rigor mi pene, para aprisionarlo y que le llegara hasta lo más hondo en cada movimiento espasmódico. Todavía era inexperta, así que tuve que hacerle cosquillas o provocar su tos, para que entendiera el mecanismo y lo hiciera suyo.

Esa noche tuvo solamente un orgasmo. Quedó satisfecha y no quiso seguir. Tener a una esposa bien servida en el sexo es una virtud muy valiosa, pues de esta manera nunca te molesta cuando tiene ganas de hacer el amor y tú de dormir.

Siempre me sentí como si hubiera engañado a la Naturaleza. Yo, un enano con cara de mono, poseyendo a una diosa; y ella no es capaz de apreciar lo bueno que soy para hacer el amor, porque para ello tendría que hacer comparaciones que espero nunca permita Dios.

En los primeros días de nuestro matrimonio acordamos decirnos todo el uno al otro, sin

ocultarnos nada, incluyendo los pensamientos más íntimos. Sabía de antemano que yo nunca iba a cumplir ese acuerdo, pero quería inculcar a Nataly un sentido de responsabilidad y una necesidad de compartir conmigo sus penas y alegrías. Lo más importante era que yo no me enojara, dijera ella lo que dijera, pues correría el riesgo de que en lo sucesivo tuviera miedo de ser totalmente franca conmigo. Siguiendo esta regla tuve que contenerme para no demostrarle mi tormenta de indignación o de celos por los relatos que escuché.

Nataly aceptó el acuerdo con toda seriedad. Al contestar a mi pregunta sobre sus aventuras amorosas anteriores, confesó que cuando tenía catorce años había sido invitada, junto con su madre y sus dos hermanas, a un baile en el palacio del zar.⁷ En un momento en que se encontraba sola, se le acercó una bella doncella de la Corte y le susurró al oído que el emperador quería verla. Mi chiquilla comenzó a temblar del miedo, aunque con docilidad siguió a la doncella, quien la condujo hacia un despacho donde se encontraba el zar sentado en un sillón. Después de presentarla, la doncella se retiró sigilosamente. El emperador se levantó y se instaló en un sofá más cómodo y amplio, e hizo que Nataly se sentara junto a él. Al tiempo que le

7. Nicolai I Pavlovich, zar de Rusia (1796-1855).

hacía preguntas subía lentamente su vestido cada vez más y más.

Ella no se atrevió a moverse, y contestó las preguntas lo más ampliamente que pudo. Cuando el lujurioso soberano separó sus piernas, ella sintió «cómo olas de calor la inundaban por completo». Así me describió sus sensaciones. Súbitamente alguien llamó a la puerta y Su Majestad se levantó inmediatamente, arregló el vestido de Nataly y salió del despacho. En ese momento apareció la doncella que la había llevado hasta ahí y la acompañó de regreso al salón donde se encontraban los invitados bailando.

La madre de Nataly se preocupó por su ausencia, pero cuando la dama de honor le explicó que había sido presentada al zar, se calmó y sólo miró a Nataly con suspicacia. Su hija estaba todavía tan perturbada por lo sucedido, que ya en casa decidió preguntarle si había estado a solas con el emperador. La respuesta fue afirmativa e inmediatamente agregó que no por mucho tiempo, debido a que habían llamado al zar de inmediato y que casi no tuvieron tiempo de charlar tranquilamente.

—Eres una mentirosa —le dije, tratando al máximo de controlarme.

Nataly me contestó que ella nunca mentía, que tan cierto era lo que le contó a su madre que ella no hizo más preguntas.

Cuando Koko⁸ fue dama de honor, le prohibí que fuera a vivir a Palacio, lo que provocó que el zar se enojara aún más conmigo.

Recuerdo perfectamente que cuando el zar le dio dinero para nuestra boda, Nataly se mostró un tanto confusa. Y cuando fuimos a Zarskye Selo,⁹ la residencia de verano del zar en los alrededores de San Petersburgo, mi esposa trataba por todos los medios de evitar todo encuentro con él, y para pasear escogía los lugares más retirados.

Sin embargo, una vez, al caminar junto al lago nos topamos frente a frente con la pareja real y la emperatriz invitó a mi esposa a visitar el palacio. A nuestro regreso a casa, un tanto molesta, Nataly comenzó a decir que no quería frecuentar más la Corte, ni en general a la alta sociedad... Todo eso me pareció muy sospechoso y fue entonces cuando le saqué la verdad de aquel encuentro furtivo con el emperador.

Desde hace mucho sabía yo del lascivo comportamiento del zar y de su pasión por las jóvenes de la Corte castas y virginales. Lo constaté por las confesiones de una doncella, a quien curaba yo de

8. Goncharova, Ekaterina Nickolayevna (1809-1843), cuñada de Pushkin. En el diario se la cita como Katka, Koko, Katrin y K.

9. Lugar donde estaba el Liceo en el que estudió Pushkin.

los nervios haciéndole el amor y dejándola de esta forma totalmente calmada. Así que la confesión de Nataly no fue una sorpresa para mí, aunque lo que más me dolió fue saber que también mi esposa había formado parte de los «cuadros vivos» del emperador. La verdad era que Su Majestad había prestado juramento de fidelidad a la emperatriz y precisamente por eso no podía engañarla con nadie, pero solía hacer que las bellas jóvenes de la Corte se desvistieran y, una vez desnudas, les separaba las piernas para poseerlas a distancia, como se admira un cuadro de inmaculada belleza visual. Su exaltación hacia esta imagen de bellezas desnudas e intocables llegaba al clímax cuando, al masturbarse, terminaba arrojando su abundante semen una y otra vez sobre las caderas redondas e iridiscentes de las jóvenes. Así las poseía y, sin tocarlas, las hacía suyas. La emperatriz no lo ignoraba, pero sentía que de esa forma no le era infiel.

Muchas damas de honor padecían esas inocuas relaciones con el zar y N. creía que eran inocentes.

Nataly temía que el zar volviera a empezar con sus cortejos. Incluso llegó a decirle, una vez que trató de aislarla, que yo era tan celoso que era capaz de matar a cualquiera por el solo hecho de pretender mirarle el sexo. Desde entonces el zar dejó de intentar seducirla. Constaté que él me tenía miedo y que sería feliz si yo muriera, ¡el muy hijo de puta!

Así empecé a lamentar este acuerdo de sinceridad que le había propuesto a Nataly, pero estaba dispuesto a aceptar todas las consecuencias agradables y desagradables de este pacto. Ignorar sus pensamientos amenazaba con hacerme un cornudo, lo que para mí era la situación más insoportable y repugnante de cualquier hombre. Yo mismo había disfrutado un sinnúmero de veces de la ignorancia de los maridos de mis amantes y veía sus recién crecidas cornamentas todavía invisibles para todos, excepto para mí.

Un día, cuando quise una vez más confirmar mi poder sobre el cuerpo de mi mujer, la más bella de Rusia, me dijo:

—Quiero confesarte otro secreto muy íntimo.

—¿De qué se trata? —e inmediatamente me puse en alerta.

—Ya no quiero más sexo. Sólo quiero dormir. Estoy muy cansada.

Aliviado, me puse a reír.

—Puedes dormir como un tronco y yo te voy a hacer el amor dormida.

Y tal como lo acordamos, le hice el amor a mi «bella durmiente» intentando no despertarla. Ni mis besos ni mis caricias lograron quitarle el sueño. He aquí lo que es la vida y no un cuento de hadas...